

## Viaje al Oeste

Todos los derechos reservados.  
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública  
o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización  
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento  
de esta obra.

Título original: *Hsi-you Chi*  
En cubierta: Sha Wu-Ching, uno de los personajes protagonistas  
de *Viaje al Oeste*, ilustración realizada durante la dinastía Quing (1644-1912)

© Del prólogo, Jesús Ferrero  
© De la introducción, traducción y notas,  
Enrique P. Gatón e Imelda Huang-Wang  
© Ediciones Siruela, S. A., 1992, 2025  
c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20  
[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-10415-36-2  
Depósito legal: M-22.219-2024  
Impreso en Cofás  
*Printed and made in Spain*

Papel 100% procedente de bosques gestionados  
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

# VIAJE AL OESTE

## Las aventuras del Rey Mono

Prólogo de Jesús Ferrero

Edición y traducción del chino de  
Enrique P. Gatón e Imelda Huang-Wang

 Siruela

Libros del Tiempo

# Índice

Prólogo Jesús Ferrero	9
Introducción Enrique P. Gatón e Imelda Huang-Wang	15
Bibliografía	37
VIAJE AL OESTE Las aventuras del Rey Mono	43
Notas	1865

## Capítulo I

CUANTO EXISTE TIENE SU ORIGEN EN LA RAÍZ DIVINA.  
EL TAO SURGE DIRECTAMENTE DE LA FUENTE MISMA  
DE LA MORALIDAD

La escritura dice:

«En el principio sólo existía el Caos. El Cielo y la Tierra formaban una masa confusa, en la que el todo y la nada se entremezclaban como la suciedad en el agua. Por doquier reinaba una espesa niebla que jamás logró ver ojo humano y a la que Pan-Ku<sup>1</sup> consiguió dispersar con su portentosa fuerza. Lo puro quedó entonces separado de lo impuro y apareció la suprema bondad, que esparce sus bendiciones sobre toda criatura. Su mundo es el de la luz. Quien a él se acerca descubre el camino que conduce al reino del bien. Mas el que quiera penetrar en el secreto del principio de cuanto existe debe leer *La crónica de los orígenes*<sup>2</sup>.

En ella se afirma que en el reino del Cielo y la Tierra el tiempo se divide en períodos de ciento veintinueve mil seiscientos años. Cada uno de ellos es subdividido, a su vez, en doce épocas de diez mil ochocientos años de duración, que responden a los siguientes nombres: Dhzu, Chou, Yin, Mao, Chen, Sz, Wu, Wei, Shen, Yu, Hsü y Hai<sup>3</sup>. Pese a su enorme amplitud, todas ellas tienen su equivalente en el repetitivo ciclo de los días. Así, a la de Dhzu le corresponden las primeras horas de la mañana, cuando la oscuridad es total y aún no se aprecia ningún atisbo de luz; el gallo canta a la hora de Chou; a la de Yin comienza a clarear; el sol sale, finalmente, a la de Mao; a la de Chen es completamente de día y los hombres se disponen a tomar el desayuno; quien trabaja lo tiene ya todo planeado a la hora de Sz; a la de Wu el sol alcanza su cénit; la tarde comienza a declinar a la de Wei; a la de Shen las familias se reúnen alrededor de la mesa para la colación vespertina; el sol se pone a la de Yu; a la de Hsü desaparecen del todo los últimos vestigios del crepúsculo; finalmente, la gente se retira a descansar a la de Hai, abriendo las puertas, así, a un nuevo ciclo. Es el mismo que siguió el mundo en sus lejanos y, al mismo tiempo, tan cercanos

orígenes. De hecho, al final de la época de Hsü el Cielo y la Tierra yacían en un estado de confusión total, en el que la nada y el todo se entremezclaban de una forma absolutamente incomprensible para nosotros. Después de cinco mil cuatrocientos años de constante oscuridad se produjo el advenimiento de la época de Hai, también conocida como Caos, porque durante su dominio no existían seres humanos ni ninguna de las dos esferas por las que ahora nos regimos. Hubieron de pasar otros cinco mil cuatrocientos años para que terminara una época tan tenebrosa y lentamente comenzaran a actuar las fuerzas creativas de la luz. Semejante milagro empezó a producirse durante la época de Dhzu, pero lo hicieron entonces con tanta timidez que no es extraño que Shao-Kang-Chr<sup>4</sup> afirmara:

Ningún cambio se produjo en el centro mismo del Cielo, cuando el invierno llegó a las regiones de Dhzu. El principio masculino permanecía todavía dormido y nada de cuanto existe había salido aún a la luz.

Pero cuando, después de otros cinco mil cuatrocientos años, la primavera se enseñoreó de la época de Dhzu, el firmamento echó sus inamovibles raíces y la luz pudo, finalmente, formar el sol, la luna, las estrellas y los restantes cuerpos celestes. No es extraño, por tanto, que se diga que el Cielo comenzó a existir en época tan numinosa. La siguieron otros cinco mil cuatrocientos años, durante los cuales el firmamento se solidificó para siempre. Lo mismo ocurrió con la tierra durante la época de Chou. De ahí que se afirme con entusiasmo en el I Ching: «¡Qué maravillosos son los principios masculino y femenino! De ellos, siguiendo el mandato del Cielo, surgieron finalmente todas las cosas».

Hubieron de pasar, sin embargo, otros cinco mil cuatrocientos años después del advenimiento de la época de Chou para que se condensaran ciertas innominadas materias y dieran, así, principio a los cinco elementos esenciales: el agua, el fuego, el metal, la madera y la tierra. Antes de que concluyera una época tan extraordinaria, hubieron de transcurrir otros cinco mil cuatrocientos años, al cabo de los cuales amaneció la época de Yin y todo cuanto conocemos comenzó a surgir y a crecer, como si siguiera la voz de una eterna primavera. No es extraño, por tanto, que diga el *Libro del cómputo del tiempo*: «El numen celeste descendió y ascendió el terrestre. Se unieron, así, el Cielo y la Tierra y de su población surgieron todas las cosas».

En aquella época el Cielo y la Tierra eran tan brillantes como la luz misma y cada uno encerraba dentro de sí los dos principios del yin y del yang, a cuya unión todo debe su existencia. Durante los cinco mil cuatrocientos años que siguieron, en efecto, aparecieron las bestias, los animales y los hombres. De esta forma, quedaron establecidas para siempre las tres fuerzas que rigen los

destinos de la naturaleza: el Cielo, la Tierra y el Hombre, que, como queda dicho, vio la luz durante la milagrosa época de Yin.

Después de que Pan-Ku pusiera en orden el universo entero, finalizara el mandato de los Tres Reyes y los Cinco Emperadores<sup>5</sup> hicieran públicas sus por doquier respetadas disposiciones morales, el mundo fue dividido en cuatro grandes continentes. El del este llevaba el nombre de Purvavideha, Aparagodaniya el del oeste, Jambudvipa el del sur y, finalmente, Uttarakuru el del norte. En este libro sólo nos ocuparemos, por obvias razones, del situado en el este del mundo. En el otro extremo del océano que lamía sus costas, se hallaba la renombrada nación Ao-Lai, muy cerca de la cual, en el centro mismo de un plácido mar de serenas aguas, se levantaba la famosa Montaña de las Flores y Frutos. Había surgido en el momento mismo de la formación del mundo y ahora formaba parte de un conjunto de diez islotes, que con el tiempo dieron origen a las Tres Islas<sup>6</sup>. Su belleza era impresionante. No es extraño, por tanto, que el poeta escribiera sobre ella:

Su majestad compite con la serenidad del mismo océano, como si fuera el emperador de los mares. Las olas rompen contra su costado, como montañas de plata que el golpe transforma en diminutas escamas de nieve, lanzando a los peces contra las rocas y sacando de su sueño de profundidad a las serpientes marinas. En su parte suroccidental se aprecian llamativas planicies cargadas de serenidad, mientras que al este todo es abruptez de picos que se arrojan con mal disimulada fiereza en el mar. Los que permanecen, orgullosos, en tierra seca se visten, a la hora del crepúsculo, de tintes violáceos, que esconden su inaccesible bravura pétrea. En sus cumbres cantan, emparejados, los fénix, mientras que a su pie descansan los solitarios unicornios. Por doquier se oye el lamento de los faisanes, que buscan, desesperados, las cuevas en las que habitan los dragones. Toda la isla está poblada de extraordinarios animales que muy pocas veces se ven en otras partes, como los longevos ciervos, las inmortales zorras, las divinas lechuzas o las cigüeñas de negro plumaje. En ese lugar extraordinario la hierba nunca se seca ni las flores se marchitan. La primavera es allí eterna y adondequiera que se dirija la mirada puede verse el verdor de cipreses y pinos, aliados incondicionales de la vida. Los melocotoneros están siempre en flor, las viñas se rompen bajo el peso de su propio fruto, la hierba de los pastos se mantiene siempre fresca y los bambúes alcanzan tales alturas que a veces llegan a frenar la loca carrera de las nubes. Este es, en verdad, el privilegiado lugar donde el Cielo se apoya y la Tierra descansa de sus muchas fatigas, un paraíso en el que convergen más de cien ríos.

En la cumbre misma de esa extraordinaria montaña había una roca inmortal. Tenía una altura de treinta y seis pies y medio y un perímetro de veinticuatro pies justos. Semejantes medidas no eran casuales, ya que se correspondían

exactamente con los trescientos sesenta y cinco días del año solar y las veinticuatro horas<sup>7</sup> que marcan el quehacer cotidiano del hombre. Poseía, además, nueve agujeros profundos y otros ocho de menor longitud, que encontraban su equivalente numérico en las Nueve Constelaciones y en los Ocho Planetas que habitan los palacios celestes. Aunque no crecía sobre ella vegetación alguna, durante mucho tiempo había sido alimentada con las mismas semillas del Cielo y la Tierra y la fuerza extraordinaria del sol y la luna. Finalmente, por acción directa de lo alto, quedó embarazada y empezó a crecer en su interior un embrión sobrenatural. Tras largo período de gestación, se abrió inesperadamente un día y dio a luz un huevo de piedra del tamaño aproximado de un balón. Expuesto a la fuerza de los elementos, se transformó en un mono de piedra, exactamente igual a los que hoy conocemos. No pasó mucho tiempo antes de que aprendiera a correr y a subirse a los árboles. Cuando hubo dominado a la perfección tan difíciles técnicas se inclinó, reverente, ante los cuatro puntos cardinales y entonces se produjo el milagro: de sus ojos salieron dos rayos potentísimos que llegaron hasta el mismísimo Palacio de la Estrella Polar. Su luz era tan fuerte que llamó la atención del Benéfico Señor del Cielo, el divino Emperador de Jade, que se hallaba reunido con sus ministros en el Palacio de Nubes de los Arcos de Oro, concretamente en la Sala del Tesoro de la Niebla Divina. Sorprendido por su brillo extraordinario, ordenó a Mil Ojos y a Oídos de Viento que abrieran la Puerta Sur del Palacio Celeste y averiguaran de dónde provenía semejante fenómeno. Los dos capitanes cumplieron la orden sin pérdida alguna de tiempo y, tras analizar cuidadosamente la situación, regresaron al lado de su señor y le informaron, diciendo:

—Vuestros indignos servidores han obedecido al pie de la letra el mandato que de vos han recibido y han averiguado que esos potentísimos rayos provienen de la Montaña de las Flores y Frutos. Ese lugar, como sabéis, se encuentra en la región de Ao-Lai, al este del continente de Purvavideha. En esa montaña singular hay una roca inmortal que, extrañamente, ha dado a luz un huevo de piedra. Lo más asombroso, sin embargo, es que los elementos han actuado sobre él y lo han convertido en un mono de piedra. Los rayos que os han molestado han partido precisamente de sus ojos, pues, al inclinarse ante los cuatro puntos cardinales, han adquirido tal viveza que su luz ha alcanzado hasta el mismísimo Palacio de la Estrella Polar. Pero no os preocupéis. El mono en cuestión se ha puesto a comer y a beber y pronto perderá todo su poderío.

—No lo creo yo así —replicó el Emperador de Jade con misericordiosa complacencia—. Las criaturas del mundo que yacen a nuestros pies surgieron de la copulación del Cielo y la Tierra y es natural que de vez en cuando nos sorprendan con su desconcertante modo de actuar.

Para entonces el mono había aprendido a caminar, a correr y a saltar de una parte a otra. Se alimentaba de frutos y plantas y bebía de los múltiples ríos

y arroyos que surcaban la isla. La mayor parte del tiempo la pasaba cortando flores y subiéndose a los árboles en busca de frutas. No tardó, sin embargo, en entablar amistad con el tigre, el lagarto, el lobo, el leopardo y el ciervo, aunque consideraba a las otras especies de monos como su auténtica familia. Por la noche dormía en cuevas que abandonaba en cuanto el sol emergía por la línea del horizonte y daba comienzo la mañana. El tiempo transcurría con lentitud, pues, como bien reza el dicho popular, «en lo alto de las cumbres el río avanza y retrocede con tanta regularidad que allí nadie es realmente consciente del paso de los años».

Una mañana, sin embargo, hizo tanto calor que no encontró mejor manera de escapar al bochorno que ponerse a jugar con otros monos a la sombra de unos pinos. Descubrió entonces, sorprendido, lo mucho que se parecía a ellos. Su manera de divertirse era prácticamente la misma. Algunos, de hecho, saltaban de rama en rama en busca de frutos, mientras que otros pasaban el tiempo tirándose piedrecitas o arrojándose pequeñas piñas. A veces se llegaban hasta la playa y otros lugares arenosos y se ponían a construir extrañas pagodas de arena. No era tampoco raro que persiguieran a las libélulas y corrieran, como locos, detrás de las lagartijas. No se olvidaban, sin embargo, de inclinarse ante el Cielo, presentando, así, sus respetos a los dignos budas que lo habitan. Pero no por ello dejaban de ser animales revoltosos y estropeaban a placer las viñas y otros árboles que crecían, lujuriosos y exhuberantes, a su alrededor. Cuando se cansaban de eso, se tumbaban en mullidos lechos de hierba y se ponían a buscarse unos a otros pulgas y parásitos. Cuando, tras mucho escarbar en sus tupidos pelajes, encontraban alguno, se lo comían con avidez o, simplemente, lo mataban con las uñas. Otros preferían, no obstante, espulgarse solos. Para ello se llegaban hasta el tronco de un pino y se restregaban una y otra vez contra él, hasta que el ardor desaparecía y la sensación de malestar remitía. Lo que más les gustaba, pese al peligro que ello entrañaba, era jugar y perseguirse entre los pinos. Ya tendrían tiempo después de desprenderse de todos los parásitos que pudieran coger en sus interminables correrías en las verdes aguas de los arroyos. Así lo hicieron aquella mañana, llegándose hasta uno de los torrentes de la montaña. Al ver la fuerza de la corriente y los tumbos que daba el agua entre las rocas, como melones que se destrozaran sin cesar contra las piedras, se quedaron asombrados y comenzaron a ponderar su extraña belleza. A nadie debe sorprenderle que hablan. Si, como reza el dicho tradicional, «las bestias tienen su lenguaje y las aves el suyo», ¿qué hay de extraño en que los monos se comuniquen entre sí con palabras? Los monos se dijeron, pues, unos a otros:

—Puesto que no sabemos de dónde viene todo este agua y hoy no tenemos nada que hacer, lo mejor es que remontemos su curso y, así, descubramos dónde se encuentra su fuente. ¿No os parece que será una manera estupenda de pasar el tiempo?

Todos aceptaron, entusiasmados, la idea y, dando grandes voces de júbilo, siguieron montaña arriba el desconocido curso del torrente. Los monos caminaban en familias y no tardaron en dar con su fuente: una impresionante catarata, cuya visión les hizo enmudecer. Se elevaba en el paisaje como una altísima columna, de la que emergían bellísimos arcos iris que el viento hacía cambiar constantemente de posición. A su base danzaban miles de olas blancas, que hacían pensar en brisas realmente inexistentes y en la bravura de desconocidos ríos lunares. Su brillo recordaba, en efecto, al de la dama de la noche y teñía levemente de blanco el profundo verdor del paisaje en el que se hallaba enclavada. Se sospechaba la existencia de poderosos afluentes que la alimentaban, pero la sensación que más dominaba en quien tuviera la suerte de contemplarla era la de una hermosísima cortina que alguien hubiera colgado de las mismas nubes. A la vista de tan inesperado milagro, los monos empezaron a aplaudir y a exclamar, entusiasmados:

—¡Qué maravilla! ¡Qué increíble belleza! Su agua nace directamente del seno de la montaña y va a desembocar, sin lugar a dudas, en la lejana placidez del Gran Océano.

Otros añadieron con inamovible certeza:

—El que se atreva a cruzar esa impresionante cortina y vuelva sano y salvo a contarnos las maravillas que tras ella se esconden será nuestro rey. ¿Hay alguien dispuesto a hacerlo?

Nadie respondió a semejante reto. Hubieron de lanzarlo tres veces al viento, antes de que surgiera, desde muy atrás, el mono de piedra y gritara con voz potente:

—¡Yo lo haré! ¡Yo cruzaré la cortina de agua y volveré a deciros lo que hay detrás de ella!

Era un mono realmente valiente. No es extraño que su fama se haya mantenido viva de generación en generación, hasta llegar, intacta, a nuestros días. Cuando se lanzó contra la columna de agua, lo hizo con tan arrogante seguridad que parecía un rey trasponiendo la puerta de su propio palacio. Cerró los ojos, tomó impulso y saltó a través de la cascada. Cuando sintió que ninguna gota lamía ya su cuerpo de piedra, volvió a abrirlos y comprobó, asombrado, que estaba ante un puente que brillaba con la misma fuerza que el sol. Increíblemente, se acercó a él con paso inseguro y vio que estaba hecho de láminas de hierro. El agua que fluía bajo su arco manaba de un agujero y se perdía en la distancia, dando, tal vez, nacimiento a la espléndida catarata que acababa de trasponer. De un salto se encaramó en lo alto del puente y desde allí descubrió un paradisíaco lugar, que, sin duda, debía de ser el palacio de alguna persona importante. Yacía entre una tenue neblina, que le otorgaba una pátina que recordaba a la vez al azul puro del cielo y al verdor frío del jade. A juzgar por el número de sus ventanas, debía de tener innumerables habitaciones, aunque no

se veía ni a uno solo de sus posibles moradores. Sus muros habían sido cuidadosamente labrados con motivos florales, que se repetían, como en un espejo, en el frondoso jardín que lo rodeaba. Estaba tan cuidado que por fuerza tenía que habitar alguien en tan espléndida mansión. Cerca del muro principal, en efecto, se veían rescoldos todavía vivos de una hoguera, una mesa llena de copas, botellas, platos, cuencos y restos de comida, y un número indeterminado de asientos de piedra de hechura exquisita. Un poco más allá crecían unas cuantas matas de bambú, tras las que se apreciaba el eterno verdor de un grupo de pinos y la olorosa belleza de cuatro o cinco ciruelos. Pese a su innegable sensación palaciega, aquel lugar tenía toda la apariencia de un hogar.

El mono de piedra lo estuvo mirando durante un largo rato, sin dar crédito a lo que veía. Cuando se hubo cerciorado de que no se trataba de sueño alguno, se llegó, de un salto, hasta el centro mismo del puente y, más seguro de sí mismo, miró a izquierda y derecha. Fue así como descubrió una inscripción de piedra que decía: «Esta es la tierra sagrada de la Montaña de las Flores y Frutos, la Caverna Celeste que esconde la Cortina de Agua».

El mono de piedra no cabía en sí de contento. Había descifrado el misterio de aquel extraordinario lugar y decidió regresar a comunicárselo a sus hermanos. Se dio la vuelta a toda prisa, volvió a cerrar los ojos y, tomando impulso, atravesó, una vez más, el muro de agua.

—¡Qué suerte he tenido! ¡Qué maravilloso golpe de suerte! —exclamó, entusiasmado, cuando nuevamente se halló en la otra parte.

—¿Qué hay al otro lado? —preguntaron los monos, rodeándole impacientes—. ¿Qué profundidad tiene allí el agua?

—¿El agua? —repitió el mono de piedra, riendo—. En ese mundo apenas hay agua. Sólo he visto un puente hecho de láminas de hierro, desde el que se vislumbra una espléndida mansión celestial.

—¿Qué quieres decir con eso? —volvieron a preguntar los otros monos.

—El agua que pasa por debajo del puente del que os hablo —respondió el mono de piedra, sin dejar de reír— mana de un agujero en la roca y es tan abundante que ciega totalmente su arco. A un lado del puente se levanta una espléndida mansión de piedra, rodeada de un magnífico jardín lleno de árboles y flores. Junto a su puerta principal hay mesas de piedra con todo tipo de enseres para cocinar: hornos, cacharros, cazuelas, bancos, platos... Lo más asombroso es que están hechos de pedernal, como la inscripción que figura en el centro mismo del puente y que reza: «Esta es la tierra sagrada de la Montaña de las Flores y Frutos, la Caverna Celeste que esconde la Cortina de Agua». Opino, por tanto, que se trata del lugar ideal para quedarse a vivir. Es extremadamente apacible y de una amplitud tal que puede albergar a miles y miles de seres de toda edad y condición. Asentémonos en él y olvidémonos para siempre de los avatares a los que el Cielo nos tiene sometidos. Allí nos protegeremos del vien-

to y encontraremos abrigo contra la lluvia, porque en ese paraíso la nieve es desconocida y no hiela jamás. En él todo parece poseer el brillo del oro y hasta la niebla es luminosa como los rayos de la luna o el aliento mismo del trueno. ¿Qué hay de extraño, pues, en que las flores nunca se marchiten y estén siempre tan lozanas como las crestas de los pinos?

—Si es verdad lo que dices, ¿a qué esperamos para entrar en ese mundo? —exclamaron los otros monos, alborozados—. Salta tú primero y condúcenos hasta él.

El mono de piedra no se hizo de rogar. Cerró los ojos, tomó impulso y se perdió tras la cortina de agua, gritando:

—¡Adelante, muchachos! ¡Seguidme todos!

Así lo hicieron los más valientes. Otros, sin embargo, se echaron atrás, como si dudaran de lo que les había dicho su nuevo rey y no se atrevieran a seguir su ejemplo. Afortunadamente al final pudo más la curiosidad que el miedo y, sin dejar de gritar y de dar palmadas, se lanzaron también hacia lo desconocido. Todos fueron a parar encima del puente, pero no estuvieron allí mucho tiempo, porque pronto se abalanzaron sobre los hornos y platos de piedra, luchando maleducadamente por los tazones y las sillas. Fue una suerte que estuvieran hechos de piedra; de lo contrario, hubieran quedado reducidos a añicos en muy poco tiempo. La batahola era francamente indescriptible y sólo amainó cuando a los monos les fueron fallando las fuerzas y se echaron a descansar tranquilamente en la hierba. El mono de piedra se sentó entonces en el sitio más elevado que pudo encontrar y les dijo con ademán solemne:

—Caballeros, como vos bien sabéis y el dicho reza, quien no goza de confianza no puede realizar hazaña alguna. Vosotros mismos acordasteis no hacer mucho que quien traspusiera la cortina de agua y volviera a cruzarla sin sufrir daño alguno sería nombrado vuestro rey. Pues bien, yo lo he hecho no una vez, sino dos y he tenido, incluso, la delicadeza de traerlos a vivir a un lugar tan privilegiado como este, para que gocéis de sus maravillas y criéis sin ningún sobresalto a vuestras familias. ¿Cómo es posible, pues, que no os arrodilléis ante mí y me presentéis vuestros respetos? ¿Es que habéis olvidado tan pronto vuestra promesa? ¿Qué clase de mono es el que no cumple su palabra?

Al oírlo, todos los monos se sintieron profundamente avergonzados y, cruzando las manos sobre el pecho, se postraron humildemente en la tierra. A continuación le fueron presentando sus respetos uno por uno, empezando por los de más edad y terminando por los más jóvenes. Cuando hubieron terminado, se inclinaron, reverentes, ante él y gritaron todos a una:

—¡Viva nuestro rey!

De esta forma, fue entronizado el mono de piedra, que empezó a ser conocido a partir de aquel mismo momento como el Hermoso Rey de los Monos. Así lo atestigua un antiguo poema, que dice:

Una vez que todo hubo surgido de la copulación del Cielo y la Tierra, apareció una roca divina de la unión de la luna y el sol. Pronto se transformó en un huevo, que, con el paso del tiempo, se fue convirtiendo en un espléndido mono. Su inteligencia era tan profunda que llegó a penetrar en el misterio del Gran Tao y a conocer el secreto del mismísimo elixir de la vida. Nadie ha visto jamás los rasgos de su espíritu, porque carece totalmente de forma, pero su obrar es de todos conocido y jamás ha dejado de ser ensalzado por doquier. Su recuerdo perdurará de edad en edad, porque es un rey sabio cuyo dominio se extiende más allá de las imprecisas fronteras del fluir eterno.

Sin pérdida de tiempo el Hermoso Rey de los Monos seleccionó a los más valientes e inteligentes de sus súbditos y los nombró ministros y oficiales. Todos aceptaron esos nombramientos sin envidia ni rencor y se pusieron a recorrer el nuevo mundo que les había tocado en suerte habitar. Su existencia no podía ser más idílica. Por la mañana recorrían la Montaña de las Flores y Frutos, retirándose a descansar a la Caverna de la Cortina de Agua cuando la noche caía y todo yacía en la oscuridad. Los monos vivían en una armonía perfecta, sin mezclarse con otras bestias y animales, celosos de su independencia y pendientes solamente de su propia felicidad. Durante la primavera recogían flores, frutos durante el verano, en el otoño bayas y nueces, y raíces<sup>8</sup> en el invierno. ¿Qué más podían pedir?

El Hermoso Rey de los Monos llevaba gozados trescientos o cuatrocientos años de una existencia tan plácida cuando un día, mientras asistía a un banquete rodeado de los otros monos, se puso de pronto tan triste que las lágrimas empezaron a fluir libremente por sus mejillas. Los monos se llegaron hasta él, alarmados, e, inclinándose con más respeto que de costumbre, le preguntaron:

—¿Se puede saber qué es lo que os pasa, gran señor?

—Aunque he de admitir que ser vuestro dueño ha traído la paz a mi espíritu —respondió el Rey de los Monos—, la incertidumbre del futuro se ha apoderado de él y ha plantado en mi corazón la semilla de la inquietud.

—¡Vamos, majestad! —exclamaron los monos, soltando la carcajada—. ¿Cómo es posible que no estéis satisfecho con la vida que llevamos? Habitamos una montaña inmortal, enclavada en una tierra sagrada, y por la noche descansamos en una cueva que pertenece a los mismísimos dioses. ¿Es que no os satisfacen los banquetes que ofrecemos a diario en honor vuestro? Hasta los inmortales tienen envidia de nuestra existencia. Ni siquiera los fénix o los unicornios tienen poder alguno sobre nosotros y, lo que es más importante, hemos escapado totalmente a la influencia del hombre. ¿Qué bendición puede haber más grande que esta independencia de la que ahora gozamos? ¿Cómo podéis afirmar que os preocupa el futuro?